

Elogio del Encuadre

Saúl Paciuk¹

Resumen

La existencia de ciertas normas que se traducen en la institución de un encuadre, identifica al trabajo del psicoanálisis y su renuncia al autoritarismo y al uso de la manipulación como técnica.

Estas normas en lo básico, se originan en el genio, la experiencia y la personalidad de Freud, quien las formuló como conteniendo cierta elasticidad que hace que incluyan la posibilidad de variantes.

El encuadre puede ser considerado en sentido estricto (normas que rigen la conducta en las sesiones) o en sentido amplio (los conceptos teóricos y metapsicológicos), y en ambos cuenta la personalidad y la experiencia del psicoanalista, por lo cual podemos hablar de un encuadre ideal, el que exponen los textos, y de un encuadre real, las variaciones que aplica cada psicoanalista en cada situación.

El valor del contenido del encuadre es conformar situaciones de trabajo análogas, facilitar la tarea del analista, evitar la manipulación del paciente, hacer comparables los desarrollos de los análisis, pero más allá del contenido está su valor como norma que alternativamente es seguida o desconocida? Precisamente, por su carácter de norma toma valor ético, entra en diálogo con la libertad e invita a que las innovaciones se expongan en el marco de un tercer tipo de encuadre, el de la institución psicoanalítica, para que puedan ser legitimadas.

Summary

What identifies psychoanalytic work and its resignation of authoritarianism and the use of manipulation as a technique is the existence of certain rules expressed in the constitution of a setting.

These rules basically originate in the genius, experience and personality of Freud who formulated them including an elasticity that enables the possibility of variations.

The setting may be considered in a strict sense (rules on the behaviour in the sessions) or in a wide sense (theoretical and meta-psychological concepts). In both cases the psychoanalyst's personality and experience are important so that we can refer to an ideal setting, the one displayed in the texts and a real setting, the varieties that each psychoanalyst applies in each situation.

The importance of the setting's content is to build up similar working situations, to make the analyst's job easier, to avoid manipulation of the patient, to make analytic

¹ Miembro Titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. Luis A. de Herrera 1042, Ap. 708.
E-mail: relacion@adinet.com.uy (1300) Montevideo, Uruguay

processes comparable between each others. Nevertheless, apart from the content is its importance as a rule that is alternately followed or ignored. It is precisely for being a rule that it acquires an ethic value, that it starts a communication with freedom and promotes that innovations are exposed having as a reference a third kind of setting: that of the psychoanalytic institution so that they become legitimate.

Descriptores: ENCUADRE PSICOANALÍTICO / NEUTRALIDAD / CONTRATO PSICOANALÍTICO / PROCESO PSICOANALÍTICO / REGLA DE ABSTINENCIA /

Uno de los centros de gravedad del trabajo del psicoanálisis es el llamado *encuadre*, el conjunto de normas estables que enmarcan el trabajo y que tocan tanto la práctica como el fundamento teórico de la misma.

A esas normas les ocurre algo curioso, ya que por un lado, como veremos, les es inherente la posibilidad de variaciones, mientras que por otro se ven desafiadas por propuestas de modificación o aun de derogación que a veces ven la luz y otras quedan recluidas en la penumbra de la consulta (y en ocasiones llegan a conocerse en las supervisiones o por los ecos que traen las ondas de la habladuría).

Para algunos, el del encuadre es un asunto menor, propio de leguleyos, que representa una carga -la de la experiencia de otros, una herencia- o que habla de la mera *forma*, todo lo cual refrenaría su creatividad y no les dejaría zambullirse plenamente en el terreno del *contenido*, que es aquél en el que podría manifestarse su genio personal.

Cualquiera sea el motivo, el encuadre está siempre expuesto a ser reconsiderado. En particular, en estos turbulentos tiempos, tales reclamos suelen basarse en que el psicoanálisis no constituye un auxilio universalmente aplicable y apetecido, y también en que se ve obligado a compartir el escenario de las psicoterapias y a hacerlo con variada fortuna. Es decir, según esos reclamos, estamos ante un problema de mercado. Según otros, estamos ante cambios en la subjetividad -quizá difíciles de apreciar por quienes estamos dentro de ella- y ellos son responsables de nuestras dificultades. Pero, ¿es que alguna vez el psicoanálisis prometió otra cosa? En todo caso debiera ser claro que trabajar como psicoanalista no preserva de la adversidad, y es bueno recordar que el prestigio social, el beneficio económico o la satisfacción de *curar* que puedan derivar del ejercicio del psicoanálisis, son «por añadidura» y alcanzarlos no forma parte de sus objetivos primarios. En todo caso, quizá estamos asistiendo a la desidealización del psicoanálisis y es todo un desafío convivir con estas nuevas condiciones.

No obstante ello, se debe reconocer que podemos tener mucha opinión pero que nos falta mucho conocimiento -investigación- acerca de a qué apunta cada forma de psicoterapia y cuál es su lugar en el imaginario social, acerca de qué inclina hacia una u otra (a los practicantes, a los pacientes), y cuáles son sus logros. Pero bajemos la mira. Aquí sólo intentaremos repensar la aparente contradicción que plantea la existencia de una normativa en un ámbito como el psicoanalítico que apela, reiteradamente, a la libertad (superación de la censura, levantamiento de la represión, asociación libre, atención flotante, etc.)

UN MARCO

Freud manda.

En artes visuales, el verbo *encuadrar* se refiere a disponer elementos dentro de un marco; también nombra el acto de establecer los límites dentro de los cuales un acontecimiento tiene lugar o cobra sentido. En la práctica del psicoanálisis se usa el sustantivo *encuadre*, refiriendo a un conjunto relativamente normado y estable de procedimientos y conceptos.

Freud innova al prestar atención preferente no sólo a la tarea -la técnica, el **qué hacer** con el paciente (presionar, hipnotizar, sugerir, escuchar)- y al **qué le pasa** al paciente -el historial, los cambios a lo largo del tratamiento-, sino que también define y atiende al marco en que se cumple la tarea psicoterapéutica, proponiendo normas estables que valen para quienes participan de todo psicoanálisis, con lo cual crea algo que no existía antes: constituye el trabajo analítico al modo de una institución, instaura un «**se**» hace así y así.

Las pautas del encuadre y su evolución -el debate entre su aceptación y modificación- terminaron siendo un rasgo identificatorio central del psicoanálisis y una de las líneas a seguir cuando se quiere narrar su historia. . Como lo señala Peter Gay, «lo que convertía en algo diferente al psicoanálisis eran las reglas que Freud estableció para ese arte», reglas que tomaron vigencia a pesar de lo que Gay llama «las licencias que se permitía él mismo (Freud) al interpretarlas» (Gay, P. 1989:334).

Pero, ¿por qué sólo Freud podría tomarse esas licencias? ¿Por qué no dejar de lado el *Freud hace* y el *se hace* por el *yo hago*? Se nos abren aquí al menos dos caminos. Uno, interpretar, que llevaría al psicoanálisis del psicoanalista (considerar su necesidad de cambiar en relación a su conflictiva personal) o a tomar los cambios en relación a la situación analítica, como actuaciones; el otro, el de la reflexión que, por razones obvias, es el camino que intentaremos recorrer.

La legitimación.

Freud estableció un conjunto de conceptos teóricos y de reglas de técnica, método o procedimiento, que fueron resultado de su genio, su experiencia y su personalidad; ellas aluden a lo que es adecuado hacer y a lo que conviene evitar para llevar a cabo un trabajo que se pudiera considerar como psicoanalítico. Es decir, postuló que ese conjunto debía valer para todos, lo cual no deja de tener sabor a ejercicio ¿autoritario? ¿de autoridad? por parte de quien se estaría colocando como poseedor del saber, y del poder. Al difundirse el psicoanálisis, la base de legitimidad de la norma pasó a tener una doble raíz: la autoridad de Freud y el reconocimiento implícito que deriva de su amplia aplicación por parte de los psicoanalistas, quienes, con su propia experiencia, estarían verificando la validez de esas normas.

El uso del término tiene desigual peso en las diferentes áreas de la geografía psicoanalítica. Por ejemplo, Winnicott considera que el *setting*, -término del inglés equivalente a encuadre- es *la suma de todos los detalles de la técnica*; concepto que difiere del sentido con que entre nosotros generalmente se usa el nombre *encuadre*: lo que regula la conducta en la sesión.

Es una ardua cuestión la de los nombres en psicoanálisis; éste recibe aportes de autores provenientes de áreas culturales y lingüísticas diversas y con formaciones de base también diversas. Ello llevó, entre otras cosas, a que circule una variada terminología cuyas diferencias y sinonimias no siempre son visibles, lo que hace necesario considerar el contexto en que son usadas; el hacerlo en ocasiones lleva a descubrir diferencias en los supuestos que fundan las ideas de diferentes autores, en

otras resulta claro que el uso de nombres diferentes se origina en la necesidad de cultivar «mínimas diferencias».

Aun corriendo el riesgo de tropezar con esa misma piedra, entiendo conveniente considerar tres ámbitos de uso del término encuadre: su uso en **sentido restringido** (las normas acerca de cómo trabajar, técnica, método, procedimiento), y su uso en **sentido amplio** (los parámetros teóricos que fundamentan el modo de trabajar y sus objetivos, lo que a su vez comprende teoría y metapsicología del psicoanálisis). A ellos será necesario agregar un **encuadre institucional**, un tercer ámbito articulado por una normativa quizá menos precisa.

Un trabajo.

Parece existir un extendido acuerdo en cuanto al contenido del encuadre en sentido restringido, acuerdo puesto de manifiesto cuando se dice que una psicoterapia es (o no es) un trabajo del psicoanálisis.

Pero, ¿qué hace al psicoanálisis? Quizá ninguna definición supere la concisa caracterización que formuló Freud en el artículo para la Enciclopedia: un **procedimiento** de investigación, un **método** de tratamiento fundado en ese procedimiento, y una **teoría** - integrada por los conceptos derivados de ambos (Freud. S., tomo VII: 2661).

Esa caracterización deja implícito algo básico: que se trata de un **trabajo**, es decir, una actividad humana organizada, desplegada con el fin de alcanzar un resultado útil (y por ser trabajo -con una cierta relación entre objetivos y medios- el fin también puede marrarse), con lo cual a la vez se dice que no es, por ejemplo, una acción azarosa o errática o gratuita, ni la ocasión de un milagro.

Precisamente, porque es trabajo es que hay encuadre: formas de proceder probadas, fundadas, un saber hacer, una pericia.

Señalemos que en el trabajo del psicoanálisis, las tres vertientes identificadas por Freud ocurren a un tiempo, desde que la investigación se realiza en el paciente ella ya es el propio método del tratamiento y el tratamiento tanto está inspirado en la teoría como es la instancia en que ella es puesta a prueba.

Creando una técnica.

El encuadre forma parte de las preocupaciones por el cómo hacer, por la técnica (¿o deberíamos decir por el método?) que están presentes ya en la prehistoria del psicoanálisis.

Es que, en definitiva, es su técnica lo que dio mérito al trabajo de Breuer, así como a las historias de las experiencias de Freud con la aplicación de la catarsis, la hipnosis y la sugestión, hasta que ancló en la asociación libre.

En esa historia, la definición de los contenidos de lo que será el encuadre en tanto procedimiento, ocurre progresivamente y tiene un punto central, los llamados escritos *sobre técnica* de Freud. Los mismos conocen una serie de antecedentes en obras de Freud en que se van definiendo sus rasgos. Entre ellos se cuentan el texto sobre la interpretación de los sueños, los trabajos de 1904 («El método psicoanalítico de Freud»), donde pone de relieve el valor de visualizar la resistencia, pero donde aun no plantea la transferencia; la conferencia sobre «Psicoterapia», en que ubica al psicoanálisis como antítesis de la sugestión; el historial de Dora en que, en el plano técnico, muestra sobre todo el uso de los sueños; el historial de «El hombre de las ratas», en que evidencia su manera y oportunidad de realizar las interpretaciones.

La decantación de su técnica y la necesidad de trasmitirla a un número creciente de seguidores que se iban dispersando por un área muy amplia -y en el marco de la

paralela formación del movimiento psicoanalítico y del establecimiento de la formación de psicoanalistas- lleva a que Freud entienda necesario ofrecer una exposición amplia y completa de los detalles de su método. La realiza a lo largo de unos pocos textos que toman casi el carácter de un manual, renunciando de hecho a su propósito inicial de preparar un tomo unitario. (Jones, E., 1960. tomo II, cap. IX)

Estos trabajos fueron publicados entre 1910 y 1915, y a ellos Jones les agrega contribuciones posteriores, también sobre técnica: «Los caminos de la terapia psicoanalítica» de 1918, y cuatro trabajos sobre la práctica de la interpretación de los sueños, aparecidos entre 1911 y 1923. Enumeración que debe completarse con los textos sobre *Construcciones en psicoanálisis* y sobre *Análisis terminable e interminable*, de 1937.

Responde a una necesidad.

Cuando entre 1910 y 1915, sus años de madurez, Freud habla de técnica, se refiere de modo predominante a lo que aquí propusimos considerar el sentido restringido del término encuadre. Si bien, como se anotó líneas arriba, muchos de los trabajos escritos anteriormente versan sobre técnica, los que publicó en esos cinco años tienen otro sesgo: Freud considera explícitamente que es necesario que proponga un cierto patrón para la práctica analítica que tenga validez general, y entiende que las normas que expone facilitan la tarea y le dan el contexto adecuado, llegando a sostener que es su aplicación (y no sólo el conocimiento de la teoría) lo que establece la diferencia con el criticado «psicoanálisis salvaje». Al mismo tiempo formula advertencias acerca del furor terapéutico, y de la contratransferencia y recomienda el análisis personal del analista.

Por tener un origen empírico es que resalta cuánto hay de casual y de personal en la inspiración de sus recomendaciones. Así, el uso del diván y la no visibilidad del analista, son herencia del tiempo de la hipnosis y quizá también respondan a rasgos personales de Freud (cuánto soportaba ser mirado en la consulta), siendo la presencia del diván y su posición con relación al sillón, habitualidades en las casas burguesas de ese tiempo.

A esas razones se suman otras, más sustanciales que circunstanciales, que hacen que algunas pautas de las normas se justifiquen por su contribución a la finalidad buscada en el trabajo. Por ejemplo, si los sueños son una vía regia para el acceso al inconsciente, el ambiente, la posición, la ausencia de motricidad, el estar reclinado en el diván, pueden favorecer un estado próximo al de la valorada producción onírica; además el uso del diván permite que el paciente y el analista se vean libres de la presión que marca el trato social, lo cual facilita la atención flotante en el analista y la asociación libre del paciente, y puede hacer lugar a una actitud algo lúdica concretada en la atención a su fantasía y en su comunicación.

El encuadre en sentido restringido se convierte entonces en condición, es lo invariante (Bleger habla del no-proceso) y constituye una presencia insoslayable, a veces silenciosa, a veces ruidosa, significativa siempre, como veremos más adelante.

CONSTANTES

Crea un «lugar».

La norma habla de lo normal, pero tenemos varias normas que fundan diferentes encuadres. Por ejemplo, hay una normalidad social; y precisamente la normalidad del encuadre se aleja marcadamente de ésta.

A falta de una mejor definición, se puede decir que se llama *encuadre* (en sentido restringido) a una regulación de varios aspectos de los modos de participación y

relacionamiento de analista y paciente en el trabajo de la sesión psicoanalítica, expresada en un conjunto de normas establecidas y explicitadas por el analista y *acordadas* con el paciente (reiterando el gesto *autoritario* de Freud), que son estables y que son tenidas por legítimas por la generalidad de los analistas.

La explicitación de las normas del encuadre crea un espacio y un tiempo (un *lugar*) de comunicación (asociaciones, interpretaciones) y de elaboración (procesamiento de lo comunicado) y de relacionamiento entre los actores del trabajo del psicoanálisis. Entre las características -explícitas o implícitas- del encuadre psicoanalítico en la versión más difundida en el Río de la Plata -la que tiene un marcado sesgo kleiniano- se incluyen:

- definir qué se va a hacer, objetivos y conductas, como actuará cada uno, qué se espera que haga y qué no se espera
- estipular que el trabajo será hablando, el habla será el vehículo para ambos
- pero no cualquier habla, sino asociación libre de censura de parte de uno e interpretación de parte del otro
- ello crea cierta asimetría; ambos hablan, pero distinto; el paciente debe «decir todo», el analista dosifica lo que dice y la oportunidad de decirlo, aplicando cierta estrategia (inspirada en la teoría y la experiencia propia, y también en condiciones personales tales como el «tacto»)
- lo espacial: el paciente ocupará el diván, y el sillón del analista se ubica de modo que uno no vea la cara del otro.
- participantes de las sesiones: solo analista y analizando
- el trato se limita al cumplimiento de la tarea, la que se realizará en la sesión,
- el analista no intervendrá en la vida del paciente fuera de la sesión, se excluye la relación social
- lo temporal: se establece la duración y frecuencia de las sesiones, hora, puntualidad, ausencias, interrupciones, etc.
- el tiempo tiene además otra forma de presencia: la duración del trabajo es un lapso abierto que en general es prolongado y que se mantiene mientras ambos acuerden continuarlo
- lo económico, el pago, si lo hay (monto, fecha, forma de pago, etc)

A ello debe agregarse que operan de modo implícito ciertos supuestos como que existe una oferta de análisis de parte del analista y una demanda de parte del paciente y que **ambos acuerdan** llevar adelante el trabajo. Además otras constantes resultan de decisiones del analista: el estilo del lugar de trabajo (ni de tipo hospitalario ni de consultorio médico), evitación de interferencias durante la sesión y de cambios bruscos o reiterados en el ambiente, el respeto por la hora de inicio, el no imponer esperas, ni variar la hora de terminación. A esta actitud general de cuidado del paciente se agregar la confidencialidad.

Por «Contrato».

Las normas del encuadre son expuestas y propuestas (o impuestas) por el analista al paciente para su conocimiento, esperando su aceptación de las mismas, por lo cual se habla de *contrato*, o, como decía Freud, de *pacto*. Etchegoyen señala que en cada analista la forma de plantear el contrato puede tomar un sesgo personal, y puede hablarse de situaciones que ejemplifican contratos autoritarios o igualitarios. (Etchegoyen, H., 1991:81)

Pero en todos los casos se trata de un contrato *sui generis*, no se puede decir que las normas se *acuerdan* en el sentido fuerte de la palabra, porque el analista propone más o menos sumariamente su contenido y el paciente puede brindar un consentimiento a ese contenido a partir de un concepto global de aquello a lo que ha consentido. Todo lo cual ocurre sobre la base de una confianza de ambos en que el contenido de las normas se irá precisando a medida que lo reclame su incidencia en la tarea y de una confianza del analista en que las alteraciones al encuadre por parte del paciente constituyen comunicaciones a trabajar.

HABLAR Y ESCUCHAR

El encuadre establece el escenario del psicoanálisis, será la trama y la urdimbre será el despliegue del trabajo del psicoanálisis. Aquí ambos, psicoanalista y paciente, trabajan en el plano del hablar -asociación, interpretación- y de la escucha (y en el caso del psicoanálisis de niños el juego vale en tanto lenguaje).

El analista:

- **escucha al paciente.** Pero no es una escucha igual a otras: ante la asociación libre del paciente, el psicoanalista atiende con preferencia a ciertos puntos como la resistencia, la transferencia, la escisión. Y lo hace a partir de cierta toma de posición con las que privilegia su atención flotante, cuida su neutralidad y cumple con la abstinencia, y renuncia a la manipulación.

- **escucha sus propias ocurrencias.** Atiende su involucramiento, la contratransferencia, (para descartarla, como propone Freud, o para usarla como herramienta de la comprensión, según propone Paula Heimann)

-**elabora e interpreta.** No dice todo lo que piensa ni apenas lo piensa, no hay simetría con el analizando.

- **escucha la respuesta.** En lo cual a veces ya no importa tanto la medida en que el paciente confirma o no la veracidad de lo dicho por el analista, sino que importa cómo es recibida la interpretación por parte del paciente, ello dará pistas de la resistencia, de cómo es la transferencia, de las escisiones.

Sin extendernos sobre el tema, consideremos algunas de las tomas de posición que enmarcan la escucha del psicoanálisis.

Transferencia.

A menudo se dice que algo ocurre «en la transferencia» para decir que corresponde al trabajo del psicoanálisis, como si ambos términos fueran sinónimos, lo cual habla de la centralidad que se le reconoce al concepto de transferencia.

La transferencia fue «descubierta» por Freud como un malentendido por el cual en cierto momento, para el paciente, el objeto no es quien «realmente» es o no es quien es para el analista, sino que es tomado por otro objeto. En lugar de intentar «corregir el error» del paciente, Freud opta por intentar hallar su sentido. Hablar de transferencia pasó a decir que el paciente dota de una peculiar identidad al objeto, dice qué y cómo es el objeto para él, y lo hace a través de tomarlo como «idéntico» a otro objeto de la historia del paciente, objeto que fue u objeto que no pudo ser y quedó como anhelo incumplido, y que de cualquier modo pertenece a la historia del paciente como lo no-propio del presente.

Esta transferencia cobra especial valor por dos motivos. Por un lado, permite comprender lo que transcurre en la sesión, que de otro modo estaría acosado por detalles que lo harían absurdo; por otro lado, considerar que opera una transferencia muestra al presente como una ocasión en que el paciente manifiesta algo que de otro

modo sería inaccesible (la repetición, el recrear o el crear como vía del «recordar»). Es decir, atender a la transferencia ofrece pistas para que a la vez se pueda des-encubrir lo no actual y asociarlo con el presente de la sesión, con lo cual se restablece la temporalidad en la vida del paciente.

Pero lo transferido no es sólo un objeto con el cual el paciente identifica al objeto presente, se transfiere una relación de objeto, es decir, el paciente encarna a un otro de sí mismo, transfiere sobre su presente, actualiza (en el doble sentido de hacer presente y de actuar) una forma de sí que no es presente.

Puede sostenerse entonces que el valor central de la transferencia va más lejos que la repetición. Alude a la significación del presente y del pasado, y dice que todo remite (rememora, repite, corrige, responde, se vuelve en lo contrario) a otra cosa y que toda cosa vale por representar otra cosa que ella misma. Esa otra cosa fue vivida o no vivida, quizá sea de otro tiempo o de otro sector de la actualidad; así por ejemplo, el pasado (real o fantaseado) del paciente puede ser re-presentado por el presente y por ello el presente (y el pasado también) cobra sentido y la vida del paciente recupera cierta unidad

Contratransferencia.

Por la contratransferencia, el analista reconoce su propio ser como la herramienta idónea para su acceso al -o la comunicación con el- paciente. Este pasaje inevitable por el analista es hecho presente por Freud en una carta de un año tan temprano como 1892, citada por Jones: «experimentaba un sentimiento de desazón cada vez que no era capaz de aquilatar las emociones de los demás a través de las propias.» (Jones, E., 1960, tomo II:245)

Por otra parte, la remisión ineludible de que hablamos recién, ocurre también del lado del analista, solo que parte de la contratransferencia. Es corriente considerar que contratransferencia nombra la respuesta del analista a lo que le llega del paciente, pero ésta es una descripción parcial, por cuanto el analista debe definir **qué** o **cómo** es lo que le llega, y lo puede hacer en base a cómo ve al agente -el paciente-, lo cual supone definir quién es para él el paciente, cómo -con quién- de la vida del analista lo identifica. Por lo tanto, es su transferencia la que nutre su contratransferencia y le dice cómo es afectado, qué es lo que le llega y de quién. Y de ello no se sale, desde que no hay circunstancia en la que tenga lugar un acceso incondicionado al otro, en que el otro pierda su opacidad. Comprender su contratransferencia parte de comprender su propia transferencia y ello es para el psicoanalista, su modo de realizar a la vez su tarea con el paciente y su autoanálisis.

Es así que el propio ser del analista está todo en juego como herramienta para el análisis del ser del paciente.

La apertura a que lo que es, lo es en un marco de remisiones (al pasado, a otra cosa), hace nacer nuevas interrogantes. Porque si el objeto (el analista por ejemplo) dice que hay un malentendido y que él no es quien el paciente sostiene que es, ¿es que en alguna oportunidad el objeto -el analista- es quien es? ¿Cuál es esa oportunidad? ¿Qué sentido tiene decir que el objeto, despojado del malentendido, «realmente» es así-y-así? Quizá no complazca a nuestras visiones sustancialistas el que sólo se pueda decir que es así-y-así en situación.

Neutralidad y Abstinencia.

Hablar de abstinencia es proponer que el analista no intervenga en la vida del paciente, pero no se trata sólo de abstinencia en lo que hace a demandas afectivas o

sexuales, sino y más generalmente, de evitar su actuación en el marco de la identificación proyectiva.

Hablar de neutralidad es pedirle al analista un *suspender sus espontáneas tomas de partido* frente a las ocurrencias de la vida del paciente, a lo que debemos agregar que esa suspensión preserva la *curiosidad* del analista, la cual lleva a permitir el desarrollo de secuencias sin presumir que él sabe de antemano a dónde es que ellas irán a parar.

El punto involucra también otro aspecto, el de **la necesaria neutralidad del analista frente a sí mismo**. La neutralidad es una norma del trabajo del analista que propicia una actitud que le invita a poner en cuestión lo que siente, su pertinencia, y a aclarar de qué habla, qué origen tiene y a qué apunta; finalmente, es el establecimiento de una instancia interna, la de preguntar-se. El qué-es-lo-que-siente (e-moción, ser movido), la llamada contratransferencia, es sólo una parte de este proceso, la primera.

Esta neutralidad está en la base de poder asumir que en lo que el analista siente como contratransferencia, están involucrados tanto él mismo (su transferencia) como el paciente. Por ello, ante la contratransferencia, el analista se dispone a **analizar-se**.

La manipulación.

La evolución del psicoanálisis en tiempos de Freud puede leerse como una historia de la renuncia a la manipulación, la que culmina con las nociones de abstinencia y neutralidad y el énfasis en la asociación libre y la atención flotante. De ese modo el analista (¿la conciencia?) deja de pretender ejercer la dirección de la cura y abre el cauce a lo que puede surgir «espontáneamente», asociando libremente, tanto en el analista como en el analizando. Una renuncia y una entrega de este mismo tipo se presenta en relación, por ejemplo, a la duración de la sesión: los actores se entregan a que sea un tercero, el reloj, quien decida el fin de la sesión.

Marco y proceso.

En el marco del encuadre, el trabajo del psicoanálisis crea lo que algunos llaman situación analítica y que otros consideran como proceso o como campo (conceptualizaciones que hablan desde diferentes ópticas, una atiende a lo que pasa en el encuadre como un encuentro, la otra lo valora como una gestalt, otra atiende a su dinámica). Es en la situación o en el campo psicoanalítico definidas por el encuadre que tiene lugar lo que se entiende como un proceso, un curso en el que pueden describirse momentos caracterizados por específicas relaciones internas entre los momentos y entre los participantes del trabajo del psicoanálisis. Ese proceso tomará la forma de un relato, de una historia -de la cual la cronología es una esquematización que la despoja de contenido.

Para Bleger, *situación psicoanalítica* es «la totalidad de los fenómenos incluidos en la *relación terapéutica* entre el analista y el paciente.» En esta situación Bleger describe constantes y variables y entre las segundas introduce el concepto de proceso, de modo que la situación psicoanalítica «abarca fenómenos que constituyen un proceso, que es el que estudiamos, analizamos e interpretamos.» (Bleger, J., 1999)

Además del proceso, la situación «incluye también un encuadre, es decir, un «no-proceso» en el sentido de que son las constantes, dentro de cuyo marco se da el proceso o, digamos nosotros, la historia.

LA NORMA COMO VALOR

Pero más allá del mérito que se le pueda adjudicar al contenido concreto del encuadre, su valor deriva del hecho de instaurar una norma.

Lo invariante.

La norma en psicoanálisis delimita posibilidades y establece límites, creando con ello zonas de pasaje sensibles a los conflictos.

En cuanto a las posibilidades, el encuadre propone definiciones, reglas, relaciones, pero esas definiciones integran variaciones. Algunas son estructurales, la sesión no es continua, tiene límites y por ello hay variaciones que están determinadas por las mismas normas que constituyen el encuadre. Por otro lado, hay modificaciones circunstanciales, como las impuestas por las modulaciones del trabajo que realiza el paciente: silencios, selección, ausencias, demora o adelanto en la hora de llegada, modificación en cuanto al pago, etc.

Entre el encuadre postulado por la norma y el de las variaciones que suelen presentarse sobre todo en las zonas de pasaje entre los encuadres social y psicoanalítico (no paga porque no cobra, se demoró por el trabajo) se establece un diálogo, en procura de analizar qué significa para el paciente variar -o no- lo acordado.

Es que, finalmente, lo que interesa del encuadre es qué hace el paciente con la norma pactada, cómo y por qué se aferra o la modifica y en qué la modifica. ¿Acaso el mantenimiento estricto del encuadre no «dice nada»? ¿Es acaso un ideal de análisis? La estabilidad del encuadre toma dos sentidos. Por un lado, es necesaria para el desarrollo del trabajo, es lo invariante que permite que tenga lugar la variante, la asociación-fantasía o las variaciones actuadas impuestas por el paciente. Por otro lado, una constancia preservada de alternativas puede constituirse en un «baluarte» que impide la fantasía; conformada por el analista o por el paciente, o por ambos, esa constancia habla de una organización defensiva por la cual la invariancia de lo externo sostiene -defiende- el necesitado inmovilismo de lo interno.

No es mudo.

El encuadre, lo invariante tiene una presencia silenciosa ¿hasta dónde? ¿Qué lleva a ese silencio?

El encuadre es estable, pero no por ello es mudo, no es una presencia pasiva, sino que significa. Ya el mero hecho de ser presentado por el psicoanalista como una norma dice algo y también dice algo cada detalle del contenido de la norma. Winnicott señaló que el que el paciente sea recibido o que lo esperen, le dice que es amable, y que termine la sesión le grita que es expulsado por odiable.

Hay que ver qué significa (qué fantasías lo soportan) para el paciente, qué proyecta en el contenido del encuadre (el encuadre le dice al mismo tiempo, que venga de tal hora a tal hora, pero le dice que no puede venir a otra, ¿por qué no puede venir cuando quiera?, ¿qué pasa en esas otras horas?), significado que, a veces, se vuelve visible cuando el encuadre se altera

Desde el punto de vista kleiniano, es particularmente significativo lo que ocurre con la experiencia de separación (final de la sesión, interrupción, etc) y en otras circunstancias -en especial, cambios- que toman el mismo valor (como cambio de honorarios, cruce con otros pacientes o conocimiento de otras actividades del analista).

Encuadre y Realidad.

Todo cambio arrastra una irrupción de la realidad y hace patente que no son las normas explicitadas y sí es la fantasía, lo que sostiene la mudez del encuadre del lado del paciente: el cambio revela y desmiente lo tenido por real, lo muestra como fantasía. Se trata de la fantasía según la cual lo excluido del encuadre está quieto, no existe, está mudo, que mantenido el encuadre fijo también queda fija esa exclusión (por ejemplo, la vida del analista fuera de la sesión). El encuadre puede constituirse entonces en un amparo contra la temida realidad -que llega por la caída del presumido dualismo y el des-encubrimiento y reingreso al clima edípico.

Sostiene Bleger, quien asocia encuadre con institución, que el encuadre mudo funciona al modo de un exoesqueleto, que la institución le ofrece al sujeto murallas que lo aíslan de lo dejado afuera y de lo inestable, cambiante, y que la institución lo alienta a permanecer en ese encuadre reconociéndole jerarquías (cargos por ejemplo). Entonces, concluye Bleger, «toda su personalidad es una fachada.» (Bleger, J. 1999) De modo que en sus variaciones inevitables (como las separaciones) o intencionadas, o en su constancia irrestricta, el encuadre significa e importa descubrir la fantasía que lo nutre y se nutre del encuadre.

Lo normado y estable.

¿Cuál es el valor que toma la institución de lo normado y estable, del encuadre? Quizá el más importante es que es una condición que, como se señaló antes, se manifiesta en el establecimiento de límites y posibilidades, tanto para el analista como para el paciente, en cuanto al lugar, tiempo y modo de llevar adelante su trabajo. Por su lado, el analista necesita disminuir el número de variables en juego, puesto que no es un supercerebro capaz de atender todo y llegar a conocer a qué responde cada detalle de lo que pasa. (Y además, permite prevenir la ocurrencia de «complicaciones». Un ejemplo, un candidato entendía necesario «acercarse» a su analizando y, entre otras cosas, aceptó que en ocasiones le entregara el dinero del pago por las sesiones fuera de los días de sesión, por intermedio del portero del edificio en que estaba el consultorio. En una oportunidad, el analizando se habría valido de este medio, pero dado que el portero no respondía, habría puesto el sobre con el dinero en el buzón. El sobre nunca apareció y cada uno es libre de imaginar la continuación de esta complicación «nueva», agregada gratuitamente. Sostener un encuadre menos laxo hubiera «defendido» al analista. Y a su trabajo)

Al ser lo invariante, el encuadre crea una situación cuasi experimental, una en la que es posible dilucidar la intervención de otras variables cuando se presentan alteraciones (las rupturas, lo imprevisto, los no cambios o los cambios que introduce el paciente, etc.). Como dice Bleger, «un proceso sólo puede ser investigado cuando se mantienen las mismas constantes (encuadre).» (Bleger, J. 1999)

Aun más, si la generalidad de los psicoanalistas trabajan con una misma norma, entonces pueden ser comparables las experiencias y los resultados de diferentes psicoanalistas en situaciones análogas.

En otro plano, aceptando el encuadre, tanto analista como paciente se someten a una ley externa. Así por ejemplo en el caso del tiempo, es el reloj lo que marca el inicio y el fin de la sesión y cualquier otro criterio supone decisiones que el analista no está en condiciones de tomar ¿Cómo saber si lo que ahora le resulta aburrido o poco interesante habrá de continuar así? ¿Y qué lo puede guiar para decidir que ya es suficiente y que la sesión debe concluir? Por otra parte, releva al psicoanalista de preguntarse por qué hace cada cosa que llega a hacer y por qué no hace otras.

Más allá de qué es lo que pueda establecer el contenido de la norma que define el encuadre, está el hecho primordial de que

-hay una norma

-que vale para ambos, que ambos aceptan someterse a reglas establecidas y estables

Ello le dice al paciente que no está sometido a la inescrutable, cambiante, caprichosa voluntad del psicoanalista, quien podría manipular al paciente en la sesión o fuera de ella, y el encuadre le dice al psicoanalista que esa manipulación está excluida de sus posibilidades.

Finalmente, importa qué se hace con la norma. Ello vale para los psicoanalistas: importa su posición ante **el hecho de que exista encuadre**, cualquiera sea su contenido.

VARIACIONES

La norma y la variación.

El valor de la norma se juega en el espacio que media entre la libertad y la imposición, o quizá entre la repetición y la creación. Para decirlo de otro modo, se puede trabajar como psicoanalista poniendo énfasis en la aplicación del psicoanálisis o en la investigación y en este caso el resultado de la investigación puede ser confirmar la necesidad de determinados cambios; a partir de esto, la posibilidad de cambios aparece como inherente al psicoanálisis, tal como el propio Freud lo describió.

En cuanto al encuadre en sentido amplio, en el plano de las teorizaciones, el afán por pensar y exponer variaciones está testimoniado en la amplia producción de trabajos que caracteriza al ámbito psicoanalítico, en los que se experimenta con las ideas y se configura una vigorosa forma de investigación.

El encuadre en sentido restringido es también de continuo objeto de planteos de cambios así como cuestionamientos de varios tipos y mientras algunos exponen la inconveniencia de algunas de las pautas del encuadre; otros proceden a modificarlas por su cuenta y riesgo.

Es cierto que la formulación del encuadre pide y espera un cierto consentimiento de parte de los pacientes, y lo pide y espera de parte de los analistas, que supone un reconocimiento a lo que es la experiencia acumulada en que se fundan las normas. Sin embargo, «el encuadre» como único, es una ficción, porque de hecho cada psicoanalista trabaja con una variación -una versión- propia tanto del encuadre en sentido restringido como en sentido ampliado. Desde que la norma sólo puede ser aplicada pasando por su persona, la lectura que de ella hace cada analista introduce variaciones; y el paciente, por su lado, puede forzar modificaciones y así «personalizar» el encuadre.

Estas variaciones no sorprenderían a Freud. Primero porque él mismo varió ampliamente las normas a las que (no mucho, no siempre) ajustaba su trabajo, si bien las que formuló en la segunda década del 1900 quedaron como estables. Segundo, porque

Freud les reconocía un margen de elasticidad.

Este costado de la norma es considerado por Freud en numerosas oportunidades. En la carta a Ferenczi del 4 de enero de 1918, Freud escribe que «Consideraba entonces [cuando escribió los trabajos sobre técnica] que lo más importante era destacar cuáles son las cosas que *no* se deben hacer y señalar las tentaciones que pueden inducirnos a tomar orientaciones que son contrarias al psicoanálisis.» Y señalando cuál es el valor que da a la aplicación estricta de sus normas, agrega: «He dejado libradas al ‘tacto’ casi todas las cosas positivas, es decir, las que uno *debe*

hacer». A continuación atenúa más todavía el sesgo normativo, agregando que algunos analistas «no percibieron la elasticidad de las reglas que yo había expuesto». Entrecomilla *tacto* porque el término fue precisamente propuesto por Ferenczi (en la exposición de su concepto de *técnica activa*) y alude a que el analista debe disponer de cierta discrecionalidad.

En esa misma carta da otra vuelta de tuerca acerca del «*tacto*», de la posibilidad de cada analista de variar las reglas expuestas por Freud: «Todos aquellos que carecen de *tacto* verán en lo que usted escribe una justificación de su arbitrariedad [la de Ferenczi], vale decir, de la influencia de sus propios complejos no superados» (Jones, E., 1970, T. II:259).

Norma y límite

La norma impone límites, pero Freud, además, advirtió que también la aplicación normalizada y estricta también tiene límites. En su célebre comparación con el aprendizaje del juego del ajedrez, recuerda que sólo pueden formalizarse (y enseñarse) las aperturas y finales, pero aún éstas varían de caso en caso.

Por lo tanto lo que Freud prescribe no puede ir más allá de ser un modelo de procedimiento de carácter general, y será tarea del psicoanalista discernir -con «*tacto*»- cómo debe adecuar la norma frente a cada caso concreto.

¿Adecuarla a quién? Al paciente, pero también a sí mismo, porque deberá hacer un trabajo de apropiación del encuadre y elaborar modalidades personales. El encuadre toma así un contenido y una vigencia particular para cada analista, es lo que funda su manera de trabajar (su método) y la rige y formula los objetivos generales que se propone en su trabajo, los objetivos que visualiza con relación a cada paciente y lo que significa para él su tarea como psicoanalista. Incluye desde sus opciones teóricas y técnicas y su experiencia, hasta la participación, inevitable, de su «ecuación personal», que marca el grado de libertad interior que le permite su propia neurosis.

Libertad, pero, ¿qué, cuánta libertad? Hay reglas básicas que todos tienen por ineludibles, como por ejemplo, la de atender libremente a lo que en cada uno (analista o paciente) surge en presencia del otro, a lo que se agrega para el paciente, el manifestarlo hablando.

Los hablantes, a un tiempo, son libres y están sometidos a ciertas reglas, empezando por la de la asociación libre. Ello establece un ámbito en el que se mezclan libertad y norma. La regla para el paciente es hablar libremente; la regla para el analista es dejar hablar, pero el analista debe hablar siguiendo ciertas reglas que conforman alguna forma de estrategia, por ejemplo la manifestada en el cuidado de la formulación de la interpretación y de su oportunidad (timing). En todo caso, la libertad de ambos es libertad frente a las censuras internas o externas, y en parte ella no es una realidad actual, lograda, sino que la libertad es un objetivo a lograr por el trabajo.

La regla de la asociación libre (y la de la atención flotante) propone una solución a la tensión entre norma y libertad: propone la libertad como regla y a ésta como un objetivo. Y a la vez, por el encuadre, el analista propende a que esa libertad no se vea limitada y pueda ser efectivamente ejercida. Es decir, es la existencia de ese marco la condición para una actividad libre, en este caso, la producción y la expresión de la fantasía y la elaboración de la interpretación.

ASEDIOS

Elasticidad y estabilidad

Al definir su forma de trabajar y darla a conocer, Freud a la vez estaba formulando normas para el trabajo de los demás psicoanalistas. Pero este esfuerzo de generalización bien pronto se vio acosado por intentos de introducir variaciones y alternativas y uno de los más conocidos en esos primeros tiempos fue la llamada «técnica activa» de Ferenczi. Mientras en 1915 Freud formula la regla de abstinencia, en 1918 Ferenczi propone una técnica que va en sentido contrario, estimulando la puesta en acto y la manifestación de los afectos, bajo el lema de que ciertos contenidos infantiles no pueden ser recordados y por ello deben ser revividos. En lugar de la pasividad atenta que postula Freud, Ferenczi invita al psicoanalista a actuar, argumentando que es necesario para salir de los puntos muertos que se presentan en el curso del trabajo analítico, un argumento que ha sido invocado luego reiteradamente para justificar muchas otras propuestas innovadoras.

Desde entonces se discute acerca del encuadre y se propicia desde su derogación hasta modificaciones más o menos extensas en su contenido, más allá de las variaciones implícitas en toda aplicación de la norma o de las que representan actuaciones del analista o del paciente.

Y esta discusión se desarrolla al menos en dos ámbitos. Uno es el del silencio o el corrillo, variantes inconfesadas que no aspiran a ser valoradas como aportes al progreso en la disciplina. Otro es el de la institución psicoanalítica, en la que ciertas normas conforman un encuadre institucional y donde los cambios pueden tener su fuente de legitimación, fundando su autoridad en el mejor conocimiento.

Por qué cambiar

Que las razones para muchas modificaciones son oscuras, lo probaría el que las propuestas de cambios (por ejemplo, suspender la abstinencia, o la neutralidad, o variar la duración de las sesiones hasta dejarla librada en cada momento a la decisión del analista, etc.), suele ser acompañada por fuertes discusiones. Es decir, su necesidad está lejos de ser evidente.

Freud, en carta a Andreas Salomé, habla acerca de posibles razones de los analistas para impulsar cambios en la forma de actuar. Indica «que muchos analistas actúan de otro modo, pero no sé si es la pasión de actuar de otro modo, o si es una ventaja que han descubierto en ello, lo que desempeña la parte más importante en esa desviación».

Por cierto, cuando se analizan algunas propuestas de modificación, no estaría desencaminado pensar que lo que las inspira es esa misma *pasión de actuar de otro modo*, es decir, la necesidad de sus autores de ser ellos quienes legislan. Y a ellos les conviene recordar lo que dice Freud en una carta de diciembre de 1931 a Ferenczi: «No hay ningún revolucionario que, en su momento, no sea desalojado a su vez por otro más radical que él.» (Jones, E., 1972, tomo III: 181)

Cómo cambiar

Dejemos de lado la primera posibilidad mencionada recién por Freud, que es materia de análisis personal y no de discusión.

La posibilidad de cambios al contenido del encuadre podría consistir en modificaciones hechas en nombre de que ellas mejoran lo existente. Esta posibilidad, la única legítima, supone el ingreso en una instancia de exposición, de ponerla a prueba en la discusión con colegas, la que ocurre **en el marco de un nuevo**

encuadre, esta vez más amplio, el de la institución psicoanalítica. No son los cambios en secreto o en solitario ni los productos de la inspiración o del capricho los válidos, sino aquellos de algún modo consentidos, validados por la experiencia del cuerpo de colegas. Esto es planteado por Freud en numerosas oportunidades. Así, en una carta de 1924 al Comité, a propósito del libro de Ferenczi y Rank, sostiene que: «La descripción que ellos hacen tiene a mi juicio el inconveniente de no ser completa, es decir, no dan cuenta de los cambios de técnica que tanto les preocupan, se conforman con aludirlos simplemente.»

Quizá la carta de Freud también dirigida a Ferenczi, a propósito de la *técnica del beso*, de diciembre de 1931, sea un documento definitivo respecto a cómo entendía Freud que tenían que procesarse las innovaciones en el marco del encuadre que es la institución psicoanalítica. «Ahora bien, si Ud. decide exponer ampliamente su técnica y los resultados de la misma, tendrá que elegir uno de estos dos caminos: o bien Ud. expone este detalle o lo mantiene oculto. Esto último, como bien puede comprender Ud., sería poco honorable. Todo lo que uno hace, en cuanto a técnica, lo debe defender abiertamente. Por otra parte, ambos caminos pronto desembocan en uno solo. Aun cuando se lo ocultara Ud. a sí mismo, no tardaría mucho en saberse del mismo modo en que yo he llegado a enterarme de esto antes que Ud. me lo dijera.» (Jones, E., 1972, tomo III:180)

Encuadre y libertad

El encuadre del trabajo del psicoanálisis intenta articular dos conceptos en apariencia contrapuestos: libertad (asociación libre, atención flotante) y condicionamiento (normas) y puede decirse que propone una articulación consistente que insiste en el establecimiento de condiciones para, precisamente, asegurar la mayor libertad.

¿Cuánta libertad? La asociación libre pedida por Freud, es libre frente a la censura conciente, porque en lo demás, consideró la asociación como determinada y se dedicó a investigar esas determinaciones. Por otra parte, la atención del analista es flotante, lo que es otra forma de decir libre, pero no por ello la conducta del analista es errática sino que más bien ella responde (o debería responder) a alguna estrategia, siquiera a alguna tan elemental como la llamada *timing*.

Más en general, no hay juego sin reglas y las reglas valen para todos los que juegan un juego: se aplican al lugar y a la función de cada jugador, con independencia de cuál sea la persona que ocupa ese lugar.

Sin embargo se dice que la norma constriñe y quita libertad al analista. ¿Pero dónde está la libertad del analista? Pues en el mismo «lugar» en el que ocurre la libertad del paciente, en la asociación libre y en la atención flotante. ¿Acaso la norma se opone a la atención flotante? No, más bien ella es su condición, por cuanto crea una situación diferente a la social, que hace lugar a la libertad y que por estar normada, elude el autoritarismo del capricho y excluye la manipulación.

Cuando el encuadre es protestado desde el lado de los analistas como una limitación a la libertad, se olvida quizá que no hay libertad sin condición y si la existencia de alguna condición mueve a renegar de ella en nombre de la reivindicación de una libertad irreal, irrestricta, que soslaya que ésta, de darse, tendría la forma de una ceguera que des-conoce que -para decir lo menos- somete a otros -al paciente, por ejemplo, a un ejercicio de voluntad que, en el marco de la radical asimetría que instaura, supone para el paciente la prisión, el quedar sometido a un autoritarismo.

La protesta reclama contra la autoridad por imponer limitaciones. Que ellas sean puestas como originadas afuera, en la norma puesta por otros, mueve a pensar que,

quizá, a veces, quien pone la protesta sobrelleva mal las limitaciones propias, originadas en su adentro. Y es bueno recordar que Freud nunca sostuvo que su método fuera universalmente válido, válido para cualquier situación, ni que en todos los casos fuera preferible a otras formas de psicoterapia, quizá porque la omnipotencia no figuraba entre sus debilidades.

Concluamos: en tanto dentro del encuadre es posible el ejercicio de la libertad para ambos actores, la recusación del encuadre por parte de uno en nombre de su libertad implica para quien recusa, ejercer autoritariamente, mientras que para el otro (paciente o analista), implica ser manipulado y sometido, a secas. Por lo que vale el que con norma acordada, puede haber libertad para todos y fuera de toda norma no hay libertad para nadie.

Algo que rige para el psicoanálisis así como para otras situaciones.

Referencias

- AA. VV. Revista de Psicoanálisis de Madrid, "Encuadre", N° 31, 1999.
- BLEGER, J. P. "Psicoanálisis del encuadre psicoanalítico". Rev. de Psicoan. de Madrid, 31, 1999.
- ETCHEGOYEN, R. H. Los fundamentos de la técnica psicoanalítica. Buenos Aires, Amorrortu, 1991.
- FREUD, S. (1910). El porvenir de la terapia psicoanalítica. En Obras Completas, Madrid, Bib. Nueva, 1974.
- _____ (1910). El psicoanálisis silvestre. En Obras Completas, Madrid, Bib. Nueva, 1974.
- _____ (1912). Consejos al médico en el tratamiento psicoanalítico. En Obras Completas, Madrid, Bib. Nueva, 1974.
- _____ (1913). La iniciación del tratamiento. En Obras Completas, Madrid, Bib. Nueva, 1974.
- _____ (1915). Observaciones sobre el amor de transferencia, En Obras Completas, Madrid, Bib. Nueva, 1974.
- _____ (1922). Psicoanálisis y teoría de la libido. En Obras Completas, Madrid, Bib. Nueva, 1974.
- GAY, P. Freud. Una vida de nuestro tiempo. Barcelona, Paidós, 1989.
- JONES, E., Vida y obra de Sigmund Freud. Buenos Aires, Nova, 1960-1973.